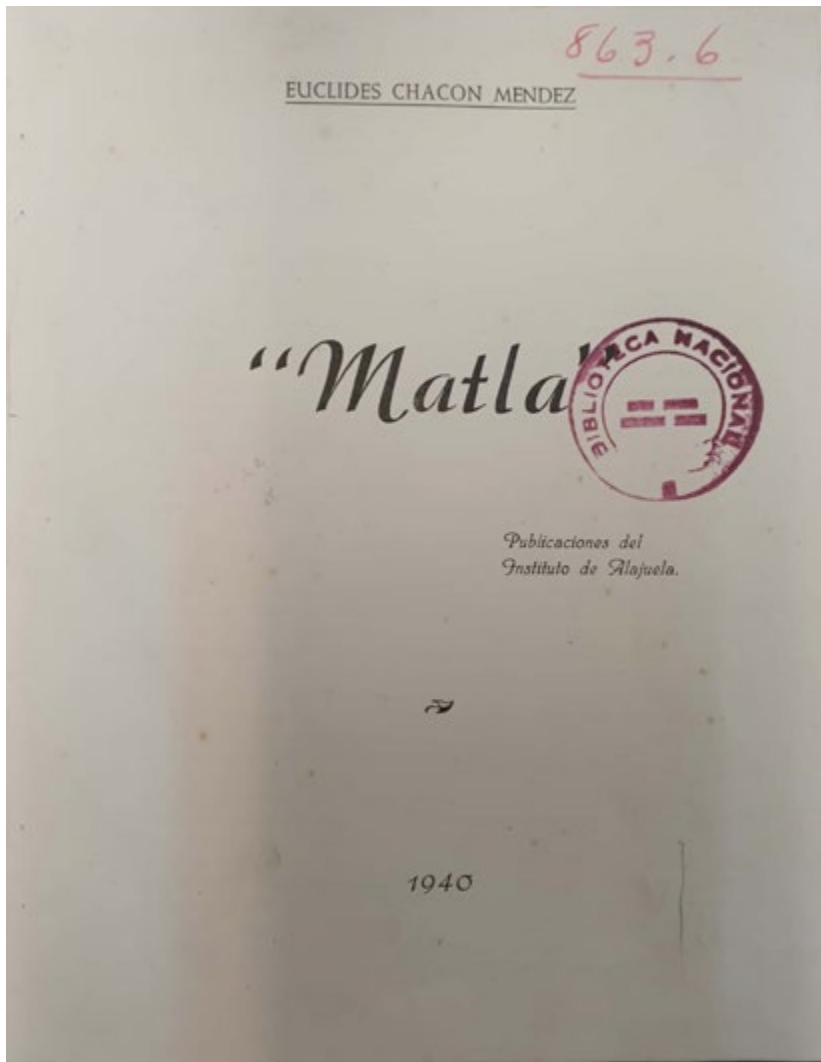


Euclides Chacón Méndez



Euclides Chacón Méndez, atildado novelista, hijo de un muy distinguido historiador alajuelense, publicó, hace pocos años, una muy interesante novela de carácter indígena: *Matla*.

Preocupado por el estilo, sugestionado por las bellas imágenes y, en todos los momentos, dominado por el argumento, Chacón Méndez ha escrito una brillante obra del género.

En las orillas maravillosas de pintoresco golfo de Nicoya, se desenvuelve la trama sutil de esta narración. Deja en el espíritu intensas emociones que se desenvuelven, fácilmente, entonces y arraigando sentimientos.

La bella moza chorotega Vara, hija de Kaurki, señor de Nicoya, cae, por sorpresa, en manos de Cararé. Es el más poderoso cacique de todas las tribus huetares, dueño y señor de vidas y haciendas en todos los ámbitos de su extenso territorio.

Yara debe morir. Ha profanado, con su presencia, el dominio de Cararé. El cacique, enamorado de la hermosa chorotega, resuelve perdonarle la vida mientras no llegue la fiesta en la que la tribu entera enloquece cada año.

Allá, en el palenque lejano, quedó el profundo amor de Vara, el valiente Xilotl quien no se resigna a perder, así no más, a la de sus ensueños de oro. La sigue, al través de la selva inviolada. Los celosos guardianes de Cararé lo capturan y lo llevan ante el severo cacique.

Los dos prisioneros, amante y amada, logran huir del seguro sacrificio, Matla, la india que de los licores de la existencia no ha librado sino lo más amargo, se compadece de ellos. Cubre, con su silencio, la fuga de los enamorados.

Un amuleto, que saltaba sobre los senos virginales de Vara, visibiliza la complicidad de la bondadosa Matla. Es necesario, para calmar las iras de los ídolos sagrados, conducir a la culpable al altar de los sacrificios. Después de las danzas locas de la tribu, con la agonía del astro-rey, ante la fría impassibilidad de los sacerdotes, muere la dulce Matla no sin hundir una de sus deliciosas miradas en los ojos angustiados del cruel cacique.

Sus cenizas, por orden expresa de Cararé, son guardadas en un artístico vaso de arcilla junto con el fatal amuleto de Vara, el feroz tigre de Kaurki, símbolo de la enigmática raza chorotega.

Interesante en este relato la naturaleza de las imágenes que esmaltan las bellezas múltiples de un estilo casi perfecto.

Perdidas, en todas las páginas, las fantasías del autor entre las cuales baste recordar algunas. En la habitación se ha colado silencio de camposanto. Sus palabras son dulces como el arrullo de las tórtolas. La paz está en su alma como el calor en el nido. La mirada del cacique resbala, igual que rocío tibio, por el cuerpo de la indígena prisionera. Vara está tranquila como el rocío en la flor que es frío como la brisa del amanecer. Su corazón está quieto y dormido como el jugo en el coco. Una llama enredó su lumbre en las pupilas. El rostro de Matla está cruzado de grietas como la corteza de un añoso árbol. Todo reposa en calma como el polluelo en el nido. Llena de vida, como de miel de los panales. Sus ojos solo saben llorar como las hojas de plátano el rocío mañanero. En el aposento de Matla vela la tristeza como cuervo en acecho. Mientras las ideas arden como leños secos en su cerebro. Llena de males como el cardo de espinas. La noticia se divulgó con alas de relámpago. Los celos le exprimían como a un racimo de uvas la llama del sol. Sus pecados no tenían el sabor de un amargo licor ...

Parece que Chacón Méndez tiene escrita otra novela de fondo histórico. ¡Quieran los dioses favorecernos con su pronta y agradable lectura!